

La sorpresa del "Fhurer" pesquero

por MAREIRO

Antes que Mister Morrisson sacara a la luz su plan, motivo central de nuestro anterior comentario, H. Zorner había puesto en práctica el suyo.

H. Zorner es en Alemania como si dijéramos el Fhurer de la pesca (Geschäftsführer der Hauptvereinigung der Deutschen Fischwirtschaft).

Entre ambos planes existe, desde luego, notoria diferencia, en contra del inglés. H. Zorner es el animador del «Plan de los cuatro años», que ha conseguido incrementar la flota hasta casi duplicar sus efectivos, ha disminuido extraordinariamente las importaciones en fresco y conserva, ha elevado en un solo año de 55.000 a 75.000 toneladas la producción de harinas de pescado, y ha logrado otros avances, económicos y técnicos, dignos de justa admiración.

Pero no todo ha sido liso y llano en este camino.

En un principio, el Fhurer de la pesca juzgó indispensable someter a un orden previamente elaborado, la producción y el consumo. El Estado sustituyó la libertad y la iniciativa del armador, sometiéndolas a lo que se conceptuaba la verdadera conveniencia del país.

En Alemania, como en el resto de los países, antes del plan cuatrienal, la producción era libre. Se alimentaba del afán de ganancia, como todas las empresas industriales privadas:

Esto fué dejado a un lado cuando el Poder público intervino en estos negocios. El armador no podía imponer a su capitán que pescara en esta o en la otra pesquería, ni desarmar para el arenque y dedicarse al pescado blanco, ni dejar durante una temporada su flota inactiva en totalidad o en parte.

El arbitrio del patrón o del capitán de pesca también queaaron limitados. Se prescribía previamente lo que debían hacer, y lo practicaban sin reparo alguno. De este modo, el interés privado se sacrificó el interés público, y se calculaba la producción estrictamente en función del consumo,

y solo para servir las necesidades de los mercados.

Las empresas de pesca de altura quedaron, de este modo, obligadas a obedecer las reglamentaciones dictadas para el abastecimiento, con renuncia incluso de aquellas medidas que juzgaban necesarias para preservarse del déficit en los balances.

La realidad proporcionó al Fhurer alguna sorpresa poco grata. Entre lo planeado y lo conseguido, había más diferencia que la habitual entre la teoría y la práctica. Los reglamentos eran perfectos, pero los elementos resultaron incontrolables.

El hombre se sometió, con la disciplina que caracteriza la ejecutoria del pueblo alemán, a los dictados del Jefe, pero la Naturaleza se le siguió manteniendo re-



belde. Los malos tiempos, «las revoluciones biológicas y la serie de cambios periódicos que se producen en los océanos», se escapan a toda norma. Contra ellos nada puede la más fuerte, la más férrea voluntad.

Pero aun en el hombre advirtió alguna extraña resistencia el Fhurer: Advirtió que es más fácil construir buques que forjar marinos; que la capacitación profesional en los diferentes oficios pesqueros no se operaba con la celeridad que Alemania requería, para obtener el debido rendimiento a su creciente flota de pesca de altura.

* * *

De todo se puede obtener una lección provechosa; pero la sor-

presa de H. Zorner la afrece muy significativa.

Cuando se habla del carácter aleatorio de la pesca, no se dice más que una verdad tan evidente en España como en el país más disciplinado del mundo.

Cuando se dice que la industria pesquera no puede ser asimilada a las normas que rigen otras industrias de tierra se establece simplemente una consecuencia de la anteriormente formulada. Ni en el terreno económico, ni en el social, ni en el legal esa equiparación será justa, partiendo de tan distintas bases, de tan diferentes hechos y circunstancias.

El mar, veleidoso y trágico, proyecta estas calidades en las vidas que a él se entregan. La previsión tiene un campo fértil en la voluntad del hombre, pero poco o nada puede hacer frente a la Naturaleza desatada en la cuenca gigantesca de los océanos.

Para tratar de los problemas que la pesca contiene, no puede olvidarse nunca esa primera condición, ese factor zahareño a toda imposición que late en el ardor de la Naturaleza.

Y esto, no solo por lo que a la producción se refiere. El pescado lleva siempre, hasta la mesa del que lo come, en poca o mucha proporción, la calidad de ser fruto de un azar industrial. Por ello son tan difíciles los problemas de distribución y precios, tratándose de una mercancía de vida tan brillante como efímera, cual es la que sale de las entrañas del mar.

El pescado ha de regirse no por normas generales, sino por reglas propias, construídas de acuerdo con su especial naturaleza. Cuando alguien se acerca al mar para legislar sobre sus dones, debe tener en cuenta algo más que las ideas habituales obtenidas en el estudio de los problemas de tierra: ha de abrirse en ancha comprensión, frente al mundo abismal y cambiante, que cada día nos reserva un regalo o una sorpresa, una bendición o una desolación.